



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid. Un Mes..... 1 peseta.
Trimestre..... 2.50
Año..... 10

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 números, 2,50 ptas.



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En provincias. Un Trimestre..... 3 pesetas.
Semestre..... 6
Año..... 12

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
de ministros de tres días.

Ve el QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño.

Núm. atrasado, 30 c.s.

Número suelto, 15 céntimos.

ESTE PERIODICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

AÑO I

Director: J. OSORIO PÉREZ CASTAÑÓN

NÚM. 8.

¿CRISIS?

Aunque los periódicos ministeriales se han apresurado a desmentirlo, parece que la crisis es un hecho, y ya se habla de un ministerio Martínez Campos-Silvela.

D. Antonio ha perdido la virilidad (política) que le caracterizaba, y no va a tener más remedio que entregar las riendas del Estado al famoso general del algarrobo.

La noticia ha caído como una bomba en el campo conservador, y hay hombre que anda por ahí, con la cara larga, preguntando a los transeúntes:

—¿Sabe usted si se ha confirmado lo de la crisis?

—Eso se dice—les contestan los que parecen mejor informados.

—¿De manera?...

—De manera que va a haber cambio de personal.

—¡Dios mío!—murmuran los funcionarios públicos.

—¿Por qué no ha de durar esta existencia, salpicada de satisfacción y de comestibles?

Es cosa sabida que los actuales ministros no sirven para nada; y sino ahí está Linares, que lleva algunos meses en el ministerio y aún no ha podido averiguar cuántas familias residen en el Museo de Pinturas, ni dónde está el Reglamento de ferrocarriles, ni de qué se mantienen los maestros de escuela. Lo único que sabe es ponerse el uniforme para andar por casa, y mirarse al espejo, henchido de orgullo, para decir:

—Pero ¿es posible que yo haya llegado a este puesto? ¿Es esta mi cara? ¿Son estos mis pies? Si, los reconozco por los juanetes. ¿Quién me diría a mí que había de llegar a codearme con los marqueses y duqueses? ¡Aún me parece que fué ayer cuando pagaba diez reales de puplaje con principio!

Claro que si se forma nuevo ministerio tendrán que dejar la breva muchos subsecretarios y directores que ahora usufructúan los bienes terrenales.

—¡Oh, esto es horrible!

Después de haber pisado mullidas alfombras, no hay conservador que se acostumbre a la vida oscura del hogar doméstico, ni a la humilde, pero honrada estera de cordelillo.

Al Salón de Conferencias acuden estos días, llenos de zozobra, los que temen perder la posición oficial, y van a sentarse en los rincones, sin poder sobreponerse a la amargura que les devora.

—¿Qué hace usted ahí, D. Eulogio?—se les pregunta.

—No hago nada;—contestan melancólicamente.—Estoy pensando en que el hombre es ruin materia, polvo, nada...

—Puede que lo sea—replica el interpelante;—pero a usted no se le conoce, porque está usted bien gordo.

—Aquí donde usted me ve, estoy expuesto a quedarme sin importancia oficial y sin los haberes anejos al cargo.

—¿Y eso?

—Dicen que hay crisis.

—¿Caramba!

—Y lo peor es que me coge sin ropa de entretiempo.

—¿No es usted amigo del general?

—Lo era, sí, señor; pero me olvidé de felicitarle el día de San Arsenio, y me retiró el saludo. Es hombre que no perdona el menor desaire, porque dice que a él le debemos todo lo que somos.

—No creí que se diese tanta importancia.

—Todo su afán consiste en humillarnos. Ahora ha dispuesto que vaya todas las mañanas a limpiarle la ropa un senador vitalicio, y hay dos diputados siempre de guardia, dispuestos a hacerle la partida de tute. ¿Quién cree usted que le hace los pitillos para evitarle molestias?

—¿Jove?

—No, señor; Navarro Reverter.

Desde que se ha dicho que el general formaría

ministerio, no cesan de adularle los que aspiran a carteras.

—General, está usted un poco pálido,—le dice uno;—pírguese usted.

—General, ¿qué lunar tan bonito tiene usted en ese lado!—le dice otro.

—General, quisiera que me diera usted una fotografía suya, para mi álbum,—añade un tercero.

—General, ¿qué caída de ojos tiene usted tan interesante!—agrega un cuarto.

El los mira a todos desdeñosamente, y dice para sí: —No hay duda que yo valgo mucho. A mí no me falta más que un poco de ortografía y algo de forma poética, para ser superior a Cánovas.

No hay nada peor que una crisis.

Los sastres se echan a temblar cada vez que se habla de un cambio político; las señoras de su casa dirigen los ojos al cielo y suspiran; los mozos de café menean la cabeza y dicen confidencialmente a los parroquianos:

—¿Hay crisis? ¿Cuánto quiere usted apostar a que antes de dos semanas viene a pedirme prestadas cuatro pesetas un exdirector general ó un jefe de sección, cesante?

Felizmente la crisis se resolverá dentro del partido conservador, por que ya se sabe que Martínez Campos pertenece *estos días* a esta gloriosa comunión política; pero así y todo serán muchos los cesantes que resulten.

Por de pronto se indica la salida de dos ó tres altos funcionarios que habrán cambiado de sistema de alimentación y tendrán que volver a la vida humilde del cocido con ensalada de lechuga.

Y no ha de pasarse mucho tiempo sin que oigamos decir a algún niño precoz:

—Yo tenía una jaca que me había comprado mi papá cuando era empleado, pero ya no la tengo.

—¿Se murió?

—No, señor; nos la hemos ido comiendo en casa poco a poco.

La crisis sorprende lo mismo al personaje político que a la patrona de huéspedes. Cuando más descuidados están uno y otro, llega la noticia tremenda a sembrar tempestades y a angustiar corazones.

Sólo entonces se acuerdan de que «no somos nada», y de que sin la ayuda de Dios y de Martínez Campos no hay felicidad completa ni panecillo asegurado en este mundo.

Cánovas anarquista.

—España es nuestra, Sr. D. Quijote, ya vencimos. —Calla y no disparates, Sancho amigo; aún has de comer muchos panes antes que España caiga en vuestras manos.

—Si vuestra merced se enoja, yo callaré y dejaré de decirle muchas verdades, que también le convienen, pues según me ha contado en otra ocasión, también es de los nuestros.

—Di lo que quisieres, Sancho, pero pronto, pues tus noticias deben ser tan estupendas, que ya me han entrado ganas de saberlas.

—Pues es el caso, que ese gran señor, que lo puede todo, a quien llaman el Monstruo, ó Cancovas, ó Canovas, ó...

—Cánovas querrás decir.

—Sí, eso mismo, Cánovas ó Cancoas, ó como vuestra merced quiera, pues para el caso es igual, es nuestro, se ha hecho *anarquista*, y...

—No prosigas, Sancho; eso no es cierto, eso lo has sacado de tu cabeza.

—Si me descuido sí que lo saco de otra parte, señor D. Quijote, pues como vuestra merced va a oír, si se dizna escucharme, en poco estuvo que ese gran señor no me diera el otro día una paliza, que dejara en mantillas a la manteadura.

—Pues ¿qué te pasó, Sancho? Explicáte, dame no-

ticias, que como buen caballero andante, y vengador de los menesterosos, yo te vengaré y te defenderé, y humillaré a ese gran señor que quiso poner en ti sus manos.

—Si no fueron las manos, sino las *putas*; figúrese vuestra merced que al hacer el otro día la propaganda para la reseña de nuestras hazañas, tropecé con una casa con una huerta, donde había plantas, muchas calabazas y buen número de *melones*; llamo a la puerta, y ¡zás! sale un hombre mu bien vestido, con galones y tóo, y una bata mu larga partía por detrás; era mu rucio, pero le di unos papeles de los que hace vuestra merced, para que se los diera a su amo, a ver si se quería *inscribir*; me hace aguardar un rato largo, que yo aprovecho pa ver las legumbres que se crían en aquella huerta en que dicen no hay más que *conservadores* y aluego sale y me dice: «Me ha dicho mi señor, que es un señor muy principal que tóo lo puede, que se llama *Cancoas* y que es bizco, que te vayas, y que si vuelves a aparecerte otra vez por aquí te pega una *patá* (textual) que te revienta.» «Al aire sí que se la dará, le dije yo, que lo que es al hijo de mi madre, a Sancho, no hay quien se la dé; pero, en fin, que si se empeña, que salga y nos jugaremos un medio chico al que la dé más fuerte.» El salir, no salió, pero me prometió una *patá*, porque como me dijo también el de los galones, vuestra merced le pinta mu feo.

—Más feo le he de pintar, Sancho, y no te apures, que si te llega a tocar a un pelo de la ropa, yo me encargo de retarle a singular combate; y allí, yo con mi lápiz y mi pluma y él con su Deuda convertida (y no al catolicismo), su proyecto del Banco, sus elecciones y sus heroicidades con los de Jerez, veremos a ver quién triunfa y quién sucumbe; pero antes, explicate; ¿qué tiene que ver esto con ser anarquista?

—Que ¿qué tie que ver? ¿Pus no es nada la del ojo! aún falta otra noticia, y es: que ese señor de tan mal genio ya no vive en esa huerta; con calabazas, melones, legumbres y tóo se ha trasladado a un punto céntrico, y allí, con ayuda de su antiguo *lugar-comiente*, el de los dientes y el de Antequera, ha abierto un salón para limpiar las botas a tóos los militares, sin distinción de graduación, desde el de las *corazonadas* y el general Ochavo al último rancho.

Si esto no es hacerse *anarquista*, Sr. D. Quijote, convertirse (a lo Fabié) de amo y señor de España en limpiabotas, y de platicar con marquesas y duquesas a ofrecer *patás* a Sanchos, venga Dios y véalo.

(Se continuará.)

Máscaras

La cabeza de león,
sin castillo ni Fernando,
mirada de ordeno y mando
y la cola de ratón.

Fiero arriba y decidido
hiere y fusila a destajo;
pero en cuanto se halla abajo
le asusta cualquier silbido.

Un monstruo, no hay más que ver,
que sale diciendo a voces:

—¿Me conoces? ¿Me conoces?

—¿Pues no te he de conocer!

El traje multicolor
y la cara toda dientes,
que nunca han de ver las gentes
con las tintas del rubor.
Quiso jugar con ventaja
de su gloria en menoscabo,
y ha mucho le salió el rabo
que hoy meneas, y que es de paja.
Llegó azuzado y corrido
a encontrar un acomodo,
y se tapa cuando todo
el mundo le ha conocido.

CADA VEZ EL CARNAVAL RESULTA MAS ANIMAL

DON QUIJOTE.

MÁSCARAS CARAS DE VERAS EN PROPIO DISFRAZ DE FIERAS.



Pierrot que al zorro le imita,
y que lleva con cautela
un candelero SIN-VELA....
... Te conozco mascarita!



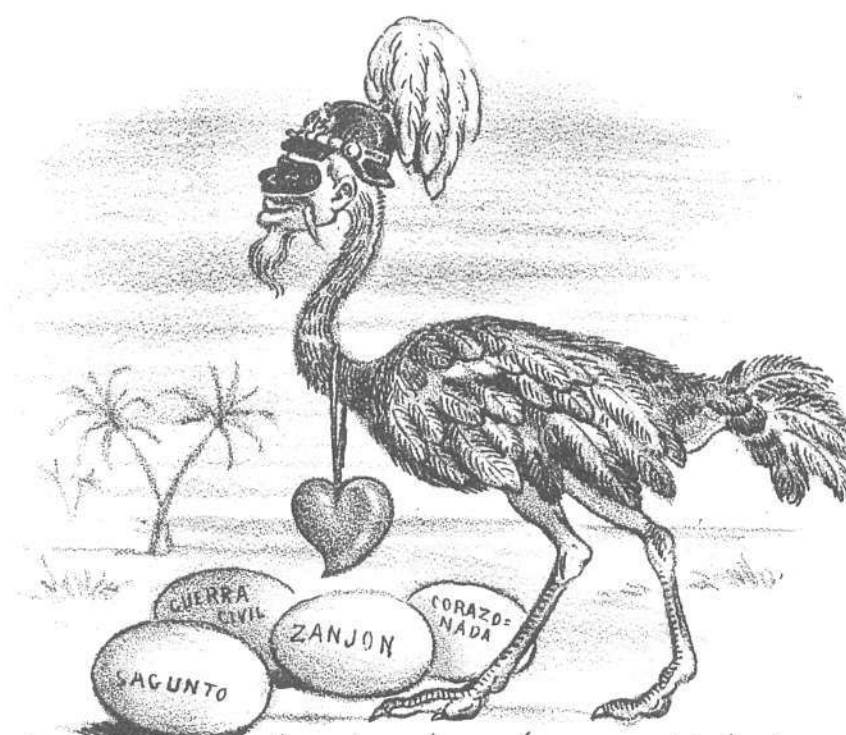
Haciendo restas y sumas
vá este pollo ultramarino
que se queda en el camino,
cacareando y sin plumas.



General que en Carnaval vá de mochuelo castrense.
¿ Quien será este General? = Piense usted Azcárraga, piense.



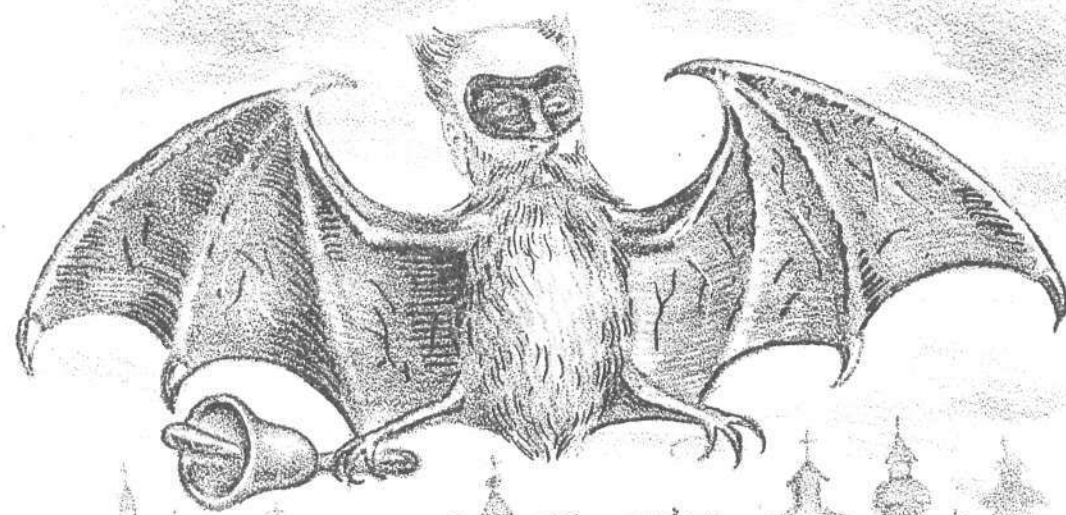
¡Que raro! ¡Un camaleón que come! ¡Y con tres cucharas!
= Pues si a Martos le comparas, no es mala comparación.



Le conocerán al punto, esta máscara da el opio
ir de avestruz de Sagunto, es vestirse de sí propio.



Aun que se ponga de seda y antifaz de tafetán,
es mona y mona se queda, LA MONA DE TETUAN.



Se verá este Carnaval, un MURCIÉLAGO alvoso,
mamífero y veleidoso como MONSEÑOR Peal.



Se vá Ochoavo á disfrazar, como Puerco-Espin perfecto,
para anular el proyecto, del Ministro de Ultramar.



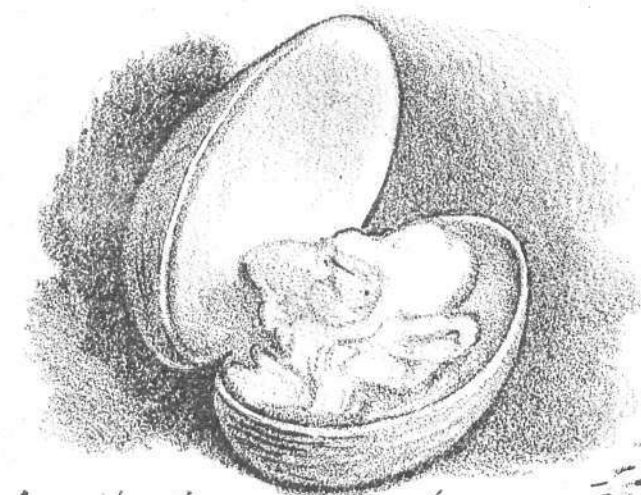
Su PROGRAMA es en esencia, limpiar al rico las motas, a los soldados las botas y a los... otros la existencia.



Estuvo en Gobernación y á Elíhuayen, dió muchas voces,
diciendo este tiburón: "¡Me conoces!" "¡Me conoces!"



Ha de llamar la atención en estos días de escases
La máscara Coz-RATON, probando todos los quesos.



Disfraz almeja en su concha
que al Comercio le hace roncha.



Máscara que á los maestros les dá bromas por demas.
Fue casi republicano y hoy resulta FAVO REAL.



De orden del Ayuntamiento, tala el Retiro, ¡Que horror!
¿ Quien será tan gran JUMENTO, Señor Alcalde Mayor?



Esta es la TUNA del día.
Parece la MAYORIA.



Como acechando aun al finío está este Buitre tan feo.
Buen disfraz y buen asunto, para el sin par DON MATEO.

Pero, ¿qué es eso que veo?
¡Disfráz más extraordinario!
Una espada y un rosario,
y espuelas y solideo.
De repente el firmes ¡ar!
y la actitud belicosa,
y luego la voz medrosa
y de rodillas y á orar.
¿Que es general? ¡Tontería!
¿Que lo sabe usted? Corriente...
Pero, amigo, francamente,
nadie le conocería.

—Mire usted aquel que va
sin cabeza. —Sé quien es,
vive ha poco más de un mes
en la Calle de Alcalá.
—¿Sin cabeza? ¡La ha perdido?
—¿Qué ha de perder! No, señora...
—¿Cómo no la lleva ahora?
—Porque nunca la ha tenido.
—Sin cabeza no hay temor
de que le achuche la gente.
—Por eso precisamente
le conocerá mejor.

Mira al que lleva en la mano
la vara de la justicia,
haciendo va la delicia
de medio género humano.
Sólo el verle hace reír;
¡qué ademanes! y ¡qué cara!
¡En él parece la vara
una vara de medir!
El hombre menos corrido
le habrá conocido ya...
—¡Ay, si señores! ¡Y ojalá
no le hubiera conocido!

Y hasta ya; al menos yo
me largo con mis honores...
¡Ni esto es Carnaval, señores,
ni Cristo que lo fundó!

Incidente parlamentario.

El Sr. Ballesteros: En la votación figura el nombre del Sr. Lozano, y éste no se halla en el Congreso; lo cual significa que aquí se ha hecho una elección de matute.

(Grandes protestas en la mayoría. Algunos diputados ministeriales, guiados por su amor á la persona del presidente, inerepan al Sr. Ballesteros y quieren devorarlo. Éste protesta y con él todos los diputados de oposición. Los maceros se intranquilizan; una dama de la tribuna rompe en una carcajada histérica, creyendo que corre peligro la faz esplendorosa de Alejandro Pidal. A Rodríguez San Pedro le pisan un callo y lanza un grito desgarrador. El torbellino aumenta.)

El Sr. Ballesteros: Conste que el Sr. Lozano aparece indebidamente en la lista de votantes.

El Sr. Bugallal, secretario (con voz de tiple sfogata): Yo no he oído ninguna advertencia... Yo he conseguido lo que he creído conveniente... ¡Carape!

El Sr. Pidal (ardiendo en ira y lanzando gallos sonoros): ¡Orden! ¡Orden! El abuso de que habla el señor Ballesteros viene repitiéndose con frecuencia. Es un abuso inmemorial; por consiguiente, no debe su señoría continuar en su protesta.

Varios diputados de oposición: ¡Peregrina declaración la del señor Presidente!

(Un macero, celoso del buen nombre del parlamento, se enjuga una lágrima que rueda silenciosa por sus mejillas. El otro se apoya en la maza para no caer.)

Los diputados ministeriales: Aquí no ha pasado nada.

El país: ¡Viva la formalidad parlamentaria!
Don Quijote: ¡Y vivan los presidentes desahogados!

Los ministros en birlocho.

(Aleluyas de los ocho.)

—Lo de monstruo... son chacotas;
será un monstruo en limpiar botas.
—Ir en barcos de Montojo,
es querer ir en remojo.
—El duque es hombre «de Estado»,
bien tratado, ó mal tratado.
—Cuando veas á Linares,
en reírte no repares.
—Las leyes de Cós-Gayón,
nadie sabe cómo son.
—Si es lo que es D. Marcelino,
lo es por «La Fuerza del Sino».
—Si dice ¡envíalo! Romero,
responde al punto: ¡No quiero!
—El que se halle á Castañeda,
que se escurra como pueda.

Frases.

¿Quién ha dicho que he perdido fuerzas? ¿He perdido fuerzas y llevo constantemente en la punta de la nariz á Martínez Campos? —Cánovas.

Santo Dios, santo fuerte, santo inmortal; consérvame el sillón presidencial. Amén. —Pidal.

El hombre el más grande de la España, es mi bien amado D. Antonio. Es por esto que yo le pongo sobre mi corazón. —Vallejo Miranda.

Yo era fusionista, pero cobro con estos. A lo que estamos tuerta. —Navarro Reverter.

Todos los hombres civiles son unos mendigos. —Martínez Campos.

LANZADAS

Indicase para una plenipotenciaria al subsecretario de la Presidencia.

Bien ganada se la tiene.

¡Mire usted que soportar á Cánovas á diario!

Se ha autorizado á los organilleros para que recorran las calles dándonos música.

Lo peor será si la música es de Rubio.

Antes era caudaloso
el arroyo Abroñigal;
pero bebió allí Frontaura
y se ha empezado á secar.

Dice La Correspondencia, que no se convencerá á nadie de que es malo el estado del crédito público.

¡Naturalmente! ¿Cómo nos vamos á convencer de que es malo, si es pésimo?

A cada cosa hay que darla su nombre.

Leo:

«El Sr. Concha Castañeda está estudiando...»

¡A buena hora se pone á estudiar el buen señor!

La prensa seria se ha conmovido á causa de la muerte del marqués de Sentmenat.

Siempre es de sentir que fallezcan las personas, pero, ¿como no le conocíamos!

¿Sabes por casualidad,
quién era ese Sentmenat?

De un anuncio:

«GANGA.—Se vende una máquina de coser.»

La verdad; no sé porqué ha de ser ganga una máquina de coser.

¡Si cosiera sola!

Pero una máquina así es un castigo, puesto que hay necesidad de manejarla.

Por la misma razón podría ponerse un anuncio diciendo:

«Ganga.—Se vende un grano maligno.»

No pasa día sin atraca.

Pero esas guardias,
¿para qué son?

Esperamos que el nuevo gobernador, señor marqués de Bogaraya, dará las órdenes oportunas para que se nos deje vivir.

Porque maldita la gracia que tiene que le atraquen á uno.

Además de llevarnos el dinero, nos desabrochan las prendas interiores, y es una vergüenza...

Conque, que nos proteja Bogaraya,
ó que deje el bastón... y que se vaya.

Dice El Correo que nadie piensa ahora más que en bailar.

Váyase por el tiempo que han bailado los amigos de El Correo.

Ellos bailaban y nosotros pagábamos la música.

Pregunto al ave,
ave parlara:

—¿Do está Tejada
de Valdovinos?

Y el ave gulce

responde presto:

—Está obrando
del prestapresto.

Lo que dice Cánovas:

Para cuantas arriba
tengo á Camacho,
porque las otras cuantas
yo me las bajo.

Ha dicho un diputado fusionista que en la frontera francesa casi se obliga á desnudarse á los viajeros que vienen á España.

Y esto tiene muy disgustados á los conservadores, porque quieren ser ellos los únicos que nos desnuden. Hasta dejarnos en cueros vivos.

Hacia mucho tiempo que no se le ocurría nada á Cánovas.

Pero, al fin, ha tenido una idea luminosa.

Aumentar las contribuciones.

Por donde se ve que ya ha parecido el socialismo que predicó en el Ateneo.

Así á la vuelta de un par de añitos todas las fincas de España serán del Estado.

Compra en Francia una comedia
si tienes el padre actor,
y viértela á tu dialecto
entre francés y español;
luego, que papá la estrene,
y cuando baje el telón,
á recoger los aplausos
y á darte tono de autor.
Así lo hace Emilio Mario,
y marcha el chico al reló.

Se indica para una plenipotencia en América á Vallejo Miranda.

Dice el duque de Tetuán que ha pensado en él, porque conoce bien aquéllo; ha estado mucho tiempo en una república americana.

—¿En cuál?—le preguntó Cánovas.

Y contestó el duque:

—En Puerto Rico.

Se ha descubierto en Cáceres
otro desfalco,
que hace en España el número
doscientos cuatro...
¡Vaya una suerte!
¡Si los pobres son pobres
porque ellos quieren!

El miércoles tomaron parte en una votación de la Cámara bastantes diputados de la mayoría que no estaban presentes.

Pero Pidal declaró que esas son las inmundicias acostumbradas.

¡Ah! Pues entonces no hay que hablar más...

¡Si hay costumbre!

—Hay que tratar, dijo Cánovas,
de la cuestión económica;
¿estamos todos?—Sí, todos...
¡Y al poco rato entró Concha!

Un periódico recordaba el otro día que una infanta de España que salió huyendo de París el año 48, perdió un zapato en la huida.

Pero, hombre, ¡esas cosas no se dicen!

¿Qué necesidad tienen los pueblos de saber que las personas reales también huyen á veces?

¡Por Dios!

Navarro Reverter aprovechó el otro día la ocasión de tener reunidos todos los representantes americanos para decirles:

—¿No les parece á ustedes que podíamos hacer unos trataditos de comercio?

—Ven ustedes? Lo más sencillo del mundo.

Como si dijera al Cós de Castellón:

—¿Vamos á hacer una paella?

—Cánovas me mira mal;
decía Romero ayer.

Y contestó un general:

—Pues si es bizco, ¿qué ha de hacer?

Escriben de Jerez que sería muy conveniente hacer una gran tirada del documento que El Lebrijano firmó en la capilla.

Pues, allá ustedes.

Pero de fijo que es una cosa en que jamás pensó El Lebrijano, que no sabía escribir.

En que había de alcanzar notoriedad como escritor.

Están León y Aguilera
reventando de contentos,
porque piensan que Sagasta
va á hacer ministros al peso.

Refranes

Guárdeos Dios, doblón de á cuatro;
que con vos non topó el Banco.

Al buen ministerial, con medio codazo le basta.

A tabaco ajeno, Arrendataria propia.

No bebas Jerez que no veas,
ni firmes ejecutoria que no leas.

Cada diputado canta en su negociado.

Cada mercader alaba á su Navarro Reverter.

Quien da pan al de Tetuán,
pierde mona y pierde pan.

Cuando Romero vende la poltrona,
ó huele á Villaverde, ó se va á Roma.